

Joaquín Costa: el grito del agua

(monólogo teatral a “dos voces”)

POR
ALFREDO CASTELLÓN

UNAS PALABRAS PREVIAS

Aunque no es lo habitual en este tipo de boletines, por su especial interés reproducimos el guión para *Joaquín Costa: el grito del agua (monólogo teatral a “dos voces”)* de Alfredo Castellón Molina.

Zaragozano, cursó estudios de Derecho y Cinematografía y, desde 1958, ha sido realizador en TVE, anotando en su haber cientos de programas teatrales y culturales. Logró en 1966-1967 una Antena de Oro. Como director de cine ha realizado largometrajes como *Platero y yo*, basada en la célebre obra de Juan Ramón Jiménez, y *Las gallinas de Cervantes*, sobre una narración de Ramón J. Sender, que le valió en Berlín el Premio Europa 88. Es también autor de numerosos cortos y documentales, entre los que destacan las biografías de Cajal, Machado, Azorín o María Zambrano. Y ha publicado el libro *La realización en televisión* (Enciclopedia Juvenil de Editorial Palá).

Ha publicado numerosas obras literarias: *Teatro breve para Navidad* (tres obras teatrales, editado en la colección “Bambalinas” y reeditado por EDB), *Los asesinos de la felicidad*; *Las conexiones* (Ed. Azur y, más recientemente, Endymion; la primera estrenada en Londres por la BBC), *La pasión de Bubú* (Ayuso); y *Alguien grande va a nacer*, *Contrapunto de Europa* y *El suplicante y otras escenas parabólicas* (Endymion), *Teatrillo de Navidad* (Escuela Española), *El más pequeño del bosque* (en “Vox”-Gala y segunda edición en Alfaguara) y *El pastor y la estrella* (Anaya), una antología de textos con música de Cristóbal Halffter, primera del *Ciclo de óperas de cámara* dirigidas por Odón Alonso.

Alfredo Castellón, siempre muy aragonés, persona muy próxima a los principales movimientos culturales de la segunda mitad del siglo XX (desde el grupo de poetas en torno a Miguel Labordeta hasta *Andalán*, *Rolde*, *Turia* y otras publicaciones), tiene aún obras (teatrales e infantiles, sobre todo) próximas a editarse o en preparación de edición, y leyó hace poco en la Biblioteca de Aragón una interesante pieza sobre Cristóbal Colón.

Le agradecemos la amabilidad de habernos brindado para su publicación este monólogo a “dos voces”, quizá polémico aunque, desde luego, muy fiel y respetuoso con la figura y la obra de Costa, tan puestas en discusión un siglo largo después de ser anunciada su *Política hidráulica*, hoy motivo de desatadas pasiones en Aragón. E. F. C.

A Enrique Gómez Padrós, *in memoriam*

“Costa ha muerto y ya es de todos: del primero que de él quiera servirse. Así ha sido y así seguirá siendo”

Miguel de Unamuno

El escenario representa una habitación de la planta baja de la casa de Joaquín Costa en Graus. Tan solo tres elementos adornan la estancia: cama, mecedora y bañera de patas. Sobre la cama, e incluso en el suelo, una gran cantidad de cuartillas escritas. Pared blanca al fondo sobre la que se puedan proyectar transparencias si el director de escena lo cree conveniente. También podría incorporarse la voz e incluso las figuras de algunos de los personajes que se citan, pero eso requeriría una readaptación que quizá enriqueciera la obra, de forma que he preferido conservar la figura de Costa en las edades elegidas y no distraer su palabra, su gesto y postura.

Luz sobre la bañera en la que permanece Costa, ya viejo. Sentado en la mecedora, Costa joven (sobre 25 años). Se balancea lentamente. Costa viejo recoge agua entre sus manos. Lo hace varias veces.

COSTA VIEJO.— Siempre el agua. El agua ha sido la obsesión de toda mi vida, y ahora un alivio para estos músculos míos tan deshechos. (*Saca un termómetro de la bañera*). Treinta y seis grados centígrados, la medida exacta.

COSTA JOVEN.— Era muy joven cuando empezó todo esto, apenas tendría 18 años. Sentí el primer dolor en este hombro. (*Se lo toca*). Se me escapaban las caballerías. No las podía dominar. Más tarde me diagnosticaron la enfermedad: una amiotrofia muscular progresiva, me dijeron que tenía. Los músculos del lado derecho no se ligan a la escápula, están faltos de inervación. No podía peinarme con este brazo ni saludar y para escribir o pintar me las veía y deseaba. Sufría mucho. (*Se incorpora*). Yo quise saber más pero no quisieron o no supieron decirme si aquello iba a ser pasajero o..., aunque aquel calificativo de progresiva no vaticinaba nada bueno.

COSTA VIEJO.— Con apenas 40 años ya era un enfermo crónico. Progresiva, ya lo creo que era progresiva.

Costa joven rodea la bañera al tiempo que se quita la chaqueta.

¿Y tú quién eres? ¡Responde! ¿Mi conciencia? ¿Eres mi conciencia?

COSTA JOVEN.— Soy tu juventud y tu madurez también.

COSTA VIEJO.— ¿Y el niño, no ha venido el niño? Mi niñez.

COSTA JOVEN.— No lo sé. Yo no lo he visto, quizás...

COSTA VIEJO.— ¿Es que me voy a morir?

COSTA JOVEN.— Ya estamos muertos. (*Pausa*). Ya podemos soñar.

COSTA VIEJO.— Sí, ya podemos soñar. ¿Y dónde he muerto? ¿En el agua? ¿Dentro de la bañera?

COSTA JOVEN.— Sí, en el agua de nuestro tormento, pero también de algunas satisfacciones.

COSTA VIEJO.— Me he muerto como Agamenón, el padre de Electra, o Marat, el jacobino, aunque yo he tenido un matador diferente, un matador más refinado, que sabe administrar el fin en proporción al dolor de la vida, y conmigo fue muy duro. Por eso digo ahora: bienvenida sea, ya que ella lo cura todo. Mejor, así podré hablar de mi vida con libertad y sin dolor físico. (*Pausa*). ¿Sabes cómo se despedían de la vida los poetas japoneses?

COSTA JOVEN.— Ni idea.

COSTA VIEJO.— Escribían un poema, *haiku* lo llaman, en el que saludaban a los muertos y se despedían de los vivos. A su muerte sus parientes los leían antes de ser enterrados. Después lo depositaban al lado del muerto.

COSTA JOVEN.— Un gran gesto. ¿Y cuál ha sido el tuyo?

COSTA VIEJO.— Ahí está. Lo escribí hace unos días. (*Señala uno de los papeles que hay sobre la cama. Costa joven lo coge*). Lee, quiero escucharlo en voz alta.

COSTA JOVEN.— (*Leyendo*).

Por las aguas del Ésera
se desliza mi vida. Pero silencio,
ya canta la lágrima.

COSTA VIEJO.— No se ajusta a la métrica tradicional del *haiku*, pero creo que conserva un cierto aire oriental y sobre todo sus tres versos. ¿Ya no te acuerdas? Esos *haikus* los aprendí en París. Tenía casi tu edad. Los estaba traduciendo un poeta francés con el que hice amistad. (*Pausa*). ¿Aparecerá él? (*Se toca el hombro derecho*).

COSTA JOVEN.— ¿De quién hablas?

COSTA VIEJO.— El niño: mi niñez. Era tan tímido. Había momentos en que hubiera deseado hacerme transparente, pero a la vez tan curioso. Me fascinaban los pájaros. En realidad me atraían todos los animales. Me habría gustado que me recor-

dara algunos momentos que casi he olvidado. (*Pausa*). Pese al hambre que padecíamos, fui feliz.

COSTA JOVEN.— A lo mejor viene después, por el momento solo estoy yo contigo, tu juventud.

COSTA VIEJO.— Cuando llegaba la Navidad me pasaba las noches mirando el cielo tratando de descubrir la estrella que acompaña a los Reyes Magos. Pensaba que, si los había guiado a ellos, ¿por qué no a mí? Y de pronto se escuchaba la campana del “perdiu” que me hacía volver a la realidad y regresaba a casa. Un tiempo hermoso. Por eso he preguntado por aquel niño, tan borroso ya en mi memoria.

COSTA JOVEN.— Ya empezaba la fantasía a estropearnos la vida. Pero ya basta. Cuando llegue esa niñez, si llega, ya hablaremos con ella. Yo no tengo buen recuerdo de esa época. La verdad es que preferiría que no llegara. Se idealizan demasiado las cosas.

COSTA VIEJO.— No digas eso. Ya te has olvidado de aquella mirada que lo podía abarcar todo. Que penetraba en los ojos de nuestra madre con tanta intensidad como la luz de los cielos. La mirada del asombro, después ya tan perdida.

COSTA JOVEN.— Yo tengo esa niñez más presente que tú y no la recuerdo con gusto. Demasiada hambre, y palos, que tampoco faltaban.

COSTA VIEJO.— No me acuerdo de eso, bueno, del hambre sí, pero... Era la edad de las ilusiones donde todo se cumplía por venir de la imaginación y la generosidad. Me veía abrazando sin fin a la esperanza de ser un día Dios y Diablo. Contradicciones y contradicciones.

COSTA JOVEN.— Mejor que no la evoques. ¿Ya no te acuerdas de las algarrobas y de los nabos que comíamos en el campo? Teníamos hambre. Éramos tan pobres como los de Binéfar.

COSTA VIEJO.— ¿Como los de Binéfar? No recuerdo.

COSTA JOVEN.— Sí, eso era lo que se decía en la comarca.

COSTA VIEJO.— ¿Y por qué?

COSTA JOVEN.— Por lo visto era el pueblo donde más pobres había. Más de la mitad vivían de limosnas. “Pides más que los de Binéfar”, eso decían.

COSTA VIEJO.— Binéfar. (*Se ríen*).

COSTA JOVEN.— En más de una pastorada, y ya grande, he representado yo a un limosnero de Binéfar.

COSTA VIEJO.— Malos papeles nos daban.

COSTA JOVEN.— Papeles de pobres, como lo que éramos. (*Pausa*).

Sale de la bañera. Costa joven le acerca un albornoz, que le llega casi hasta el suelo.

COSTA VIEJO.— ¿Entonces, ya me he ido?

COSTA JOVEN.— Nos hemos ido. El tiempo se me llevó mucho antes a mí.

COSTA VIEJO.— Pero todavía puedo caminar.

COSTA JOVEN.— Sí, caminas al compás de la tierra. Ella es la que nos lleva.

COSTA VIEJO.— Un descanso. Los dolores de estos últimos meses eran insoportables. Hasta pensé en el suicidio.

COSTA JOVEN.— No fue esa la primera vez.

COSTA VIEJO.— No, no fue la primera. En mi novela *Soter* hablo de él varias veces. Es una pena que no haya podido terminarla.

COSTA JOVEN.— ¿Y *Justo de Valdediós*?

COSTA VIEJO.— Es tan solo un complemento de *Soter*.

COSTA JOVEN.— La verdad es que yo la encuentro demasiado subjetiva y con poca sustancia.

COSTA VIEJO.— *Soter* sí que tiene sustancia y compromiso, es como mi pensamiento, lástima que no la haya podido rematar.

COSTA JOVEN.— También hice un buen trabajo sobre poesía popular.

COSTA VIEJO.— Un buen buñuelo. Ya ves, un labriego disfrazado de intelectual.

COSTA JOVEN.— ¡Qué negativo!

COSTA VIEJO.— Realista, solo realista y buenos disgustos que me ha costado serlo.

COSTA JOVEN.— Fui un buen lector, eso sí. Devoraba los libros. Leía todo lo que caía en mis manos. Aunque pronto tuve que aprender a seleccionar.

COSTA VIEJO.— ¡Cuánto me gustaba la filosofía!

COSTA JOVEN.— Y los libros de pensamiento. Uno de los que más me impresionó fue *El ideal de la humanidad* de Krause. Ese fue el texto que me acercó a Giner de los Ríos y su Institución Libre de Enseñanza.

COSTA VIEJO.— Fuimos buenos amigos, y di clases en su Institución. Allí aprendí a convivir con los jóvenes. Hacíamos excursiones y enseñábamos en el campo. Yo

les hablaba de agricultura, aunque también tocaba otras materias. Pero sobre todo aprendimos a razonar. De aquellos contactos nació mi pensamiento de “escuela y despensa” que tanto se popularizó. Y sobre todo el método reflexivo. Maestro y alumno hablando del tema. Un arte de estudiar empírico. Todo basado en estímulos. El intercambio de ideas multiplicaba el poder de análisis. En esa asociación cada uno se robustecía con las fuerzas de los otros. Había que formar el cuerpo tanto como el espíritu.

COSTA JOVEN.— Era la época de los Saboyas y, cuando quisieron arrancar del escudo de España las barras aragonesas y las cadenas navarras, promoví un escrito incendiario que apoyaron los estudiantes catalanes, valencianos, mallorquines y, claro está, también los navarros. Protestábamos por la tropelía e incluso amenazábamos con la independencia. Una osadía, sí, pero necesaria. (*Pausa*). Por otra parte el contacto con el campo me llevó a la lucha por los riegos en mis tierras del Alto Aragón, primero, y de toda España después. Quien riega gobierna, les decía.

COSTA VIEJO.— Pero para lograr esas aspiraciones necesitaba dinero, y me fue siempre tan escaso, y yo era tan negado para obtenerlo. Era una obsesión.

COSTA JOVEN.— Por el contrario, me esforzaba, me desvivía por tal o cual libro si me era necesario para ilustrar o rematar algún proyecto. Se dice que al hombre pobre todo se le hacen proyectos, y yo claro que los tenía, y una vez emprendido el camino ya no podía detenerme. Otra cosa es cuando me paraban a empellones y que fueron muchas, muchas veces.

COSTA VIEJO.— No me gustaba el dinero, es verdad, pero sabía que sin él no podría llegar muy lejos. Y he sufrido muchas afrentas por su falta. Aún recuerdo aquel día en que tenía que presentarme a una entrevista importante y...

COSTA JOVEN.— Espera, eso lo contaré yo mejor, ya que sucedió cuando era como ahora, más o menos. Efectivamente la entrevista era importante y me vi sin traje y sin calzado y tuve que recurrir a unos pantalones remendados y a unas botas del mismo pie y para amoldarlas tuve que ponerlas en remojo toda la noche. Y, en invierno, sin ropa de lana con que abrigarme ni cisco para el brasero, siendo la cama mi único refugio para escapar del frío. Y sin poder sacar los certificados de mi bachiller y después de la universidad, y todo por falta de dinero.

COSTA VIEJO.— Aunque peor lo estaban pasando entonces nuestros padres.

COSTA JOVEN.— Sí, mucho peor y bien que me pesaba pero no podía volver al campo, tenía que seguir adelante e intentar ganar algo de dinero lo antes posible. Iba tan retrasado en mi carrera. Por eso hice aquel esfuerzo por graduarme en Derecho y Filosofía. Pensaba en mi hermana Martina sirviendo, mi madre envejecida, acabada, todos hundidos en la miseria. Nuestro padre nos había dicho muchas veces

que el que tiene el estómago dependiendo de despensas ajenas no puede hacer lo que quiere, no puede pensar en lo que su corazón le manda, ni votar a quien debe. Cuántas lágrimas me costaron las perras que me gasté en París comprando libros, en vez de habérselas mandado a los míos.

COSTA VIEJO.— Quizá tomé mal la embocadura de la vida. Me mataba la ansiedad. Todo me huía y cuando quise enderezar mi camino era ya un ser irredimible, un alma sin retorno, zambullido en la vorágine de los ambiciosos.

COSTA JOVEN.— Algo se consiguió.

COSTA VIEJO.— No todo lo que mi sacrificio y mis renunciaciones merecían. Y muy pronto tuve que aprenderlo, pues me fueron arrebatando oposiciones y plazas gentes mediocres pero bien apadrinadas. Por eso después odié tanto las recomendaciones. Recuerdo que hasta redacté una carta impresa para enviarla a los que osaban pedir-me alguna.

COSTA JOVEN.— Me arrebataron la cátedra universitaria injustamente y eso...

COSTA VIEJO.— Eso lo he sufrido toda mi vida porque era mi mayor anhelo. Y tan solo alcancé...

COSTA JOVEN.— Sucedáneos. Una frustración como esa se arrastra toda la vida.

COSTA VIEJO.— Es cierto, toda la vida.

COSTA JOVEN.— Y tampoco me dejaron casar con la mujer de mi gusto. Mi afán por formar una familia se desvanecía y todo por...

COSTA VIEJO.— El dinero, siempre el maldito dinero.

COSTA JOVEN.— Ahí intervino, más que el dinero, mis ideas. Para aquella familia ser republicano equivalía a estar endemoniado.

COSTA VIEJO.— Y después con mi hija Pilar, a la que abrazaba con el cariño de padre, pero sin que ella pronunciara nunca esa palabra que tanto deseaba escuchar y que ya no escucharé porque, al parecer, no ha respondido a los telegramas que le han enviado para darme el último adiós. (*Pausa*). Quería formar una familia y nunca lo logré. No era mucho lo que pedía para ser feliz, pero poco o nada logré alcanzar. No remataba las cosas.

COSTA JOVEN.— Quizá con Fermina.

COSTA VIEJO.— Fermina era inteligente y buena pero la diferencia de edad entre nosotros lo hacía imposible. Cuando salió de la casa del canónigo la ayudé todo lo que pude.

COSTA JOVEN.— Siguió mi vida desde la distancia, y yo también me interesé por ella. (*Pausa*). En este caso, el desengaño fue más para Fermina.

COSTA VIEJO.— Los desengaños se producen por el excesivo entusiasmo.

COSTA JOVEN.— Bendito entusiasmo.

COSTA VIEJO.— Eso justificaría las frustraciones a tu edad, pero las de mi vejez, ¿por qué?

COSTA JOVEN.— En esas intervinieron, en gran manera, los otros. La condición humana, con la envidia a la cabeza.

COSTA VIEJO.— Cuando tienes unas ideas formadas y maduras es normal el enfrentamiento con las de los otros. Yo era republicano y krausista y eso me creó muchos enemigos, sobre todo con los intransigentes, los ultramontanos, y buen ejemplo fue la oposición al premio extraordinario del doctorado de Filosofía y Letras, frente a Menéndez Pidal. Se lo dieron a él, pero injustamente, porque, sin entrar en la calidad literaria de su tema, el contenido se apartaba de la petición concreta del tribunal. Se fue por las ramas, no habló de la doctrina aristotélica sino de la bibliografía aristotélica y, por lo tanto, o aprobaba yo o ninguno.

COSTA JOVEN.— Allí se evidenció la influencia de mi adscripción krausista. En la carta que Menéndez Pintado le envió a su hijo y que me facilitó el señor Sánchez Reyes, le decía: “Querido Marcelino: la providencia te ha favorecido para vencer a un sectario de la odiada escuela de Kraus”, y seguía y seguía por esos derroteros. Y, después, otro tanto de lo mismo con la oposición a la cátedra de Historia de Madrid. En esa me retiré de la terna antes de opositar, dado el tribunal que se había formado y los nombres de los otros dos opositores. No les di el gustazo de que me humillaran una vez más. En tiempos de moderados, por llamarlos de alguna manera, los dignos tienen que renunciar. *(Pausa)*. Lo peor de todo era el dinero, las deudas me llegaban hasta las narices. No sabía qué hacer.

COSTA VIEJO.— Más que fracasos, esos avatares tienen el nombre que ya cité anteriormente: frustraciones, y no solo para mí sino también para los alumnos a los que hubiera podido enseñar en esas cátedras.

COSTA JOVEN.— Y, una vez más, mis ideas perjudicaron mis sentimientos y me privaron de alcanzar un nuevo amor. Se llamaba Concepción Casas, era de Huesca. Una muchacha bellísima a la que llegué a idolatrar, pero mis creencias revolucionarias y la pobreza hicieron que fracasara. Y como muestra fehaciente de lo que digo recordaré la misiva del padre de Concepción que indirectamente llegó a mis manos. En ella expone las causas de su negativa y, a pesar de admitir mi inteligencia y correcto trato social, dice: “Y como soy católico, apostólico romano y ultramontano, lo que quiere decir que soy partidario de la infalibilidad del Papa, deploro que tan simpático joven, a quien mi corazón

acepta, mi cabeza rechace". Es evidente que después de esta carta mis ilusiones se frustraron una vez más. Mi sufrimiento fue enorme, pues yo presentía que junto a ella podría haber encontrado la felicidad; la prueba es que...

COSTA VIEJO.— Muchos años después la seguí recordando con enorme cariño.

COSTA JOVEN.— Así, una vez más, me refugié en mi proyecto de *Soter*, la novela desde la que pensaba denunciar todos los sinsabores y tropelías que habían cometido conmigo.

COSTA VIEJO.— De testamento político y sentimental me gustaba calificar a ese proyecto de novela en la que había puesto tanta ilusión.

COSTA JOVEN.— Pero también hablaba de mi juventud y de mi viaje a París. (*Pausa*). Mis experiencias en esa capital fueron muy importantes para el inmediato devenir de mi vida.

COSTA VIEJO.— Los años, después, te hacen ver las cosas con otra dimensión, pero, tienes razón, entonces fue...

COSTA JOVEN.— Impactante. Un revulsivo. Yo salía del terruño y de repente me encontré en aquella ciudad tan diferente, tan grandiosa. Y eso que con los compañeros de trabajo no tuve suerte. Eran unos holgazanes redomados, unos chafarderos que apenas aparecían por la exposición si no era para exhibirse con figurones de la embajada española, pero, de dirigir, nada. Ah, eso sí, para comer, beber y fumar a costa de las muestras siempre estaban dispuestos. Cuántos y cuántos expositores se quedaron sin que sus productos fueran vistos más allá de los estómagos de aquellos sinvergüenzas. Y allí estaba yo, un albañil, un barrendero, pues para eso había sido contratado, con toda la responsabilidad del *stand*. Incluso la redacción de notas, con indicaciones precisas sobre la producción de aceites, vinos, lanas, tenía que hacerlas yo. Menos mal que al final reconocieron mi trabajo y me nombraron en el discurso de despedida. (*Pausa*). A veces pensaba en Pilar y deseaba que estuviera conmigo para hablarle de mis lecturas y que apreciara mis progresos en la lengua francesa. Le compré unos pendientes que, ahora creo recordar, le gustaron. Era tan guapa y yo la deseaba tanto. Le escribí varias veces y ella me contestó. Era la mujer más atractiva del mundo y eso que aquellas francesas...; bueno, yo solo miraba para sus ojos. Toda mi ilusión era volver a Huesca y verla con aquellos pendientes. ¡Qué ilusionado estaba! (*Pausa*). También recogí semillas de todas las clases y de todos los países que pude, pero siempre con la duda: ¿podré ensayar estas semillas y deducir consecuencias para el libro de agricultura que estoy proyectando? Horas y horas haciendo cartuchos con esas simientes. En el fondo lo que más amaba era aquello en lo que me había criado: el campo y sus regadíos, último de mis afanes y deseos. Me encandilaba ante los libros que trataban de esos temas. ¿Pero dónde

estaba el dinero para comprarlos? Hasta le había puesto título a mi obra, *De re rustica moderna*, y eso que no la había empezado todavía.

COSTA VIEJO.— Me haces recordar que era ambicioso, tengo que confesarlo, pero nunca de dinero. Para mí el dinero era un medio y no un fin, y un hombre con esa actitud no lo logra jamás.

COSTA JOVEN.— Imaginaba ya la gloria, el amor, la admiración de Pilar. Y es que, ¿para qué sirven los laureles cuando estás bajo tierra?

COSTA VIEJO.— En eso tienes mucha razón.

COSTA JOVEN.— Tenía 19 años y ya quería saberlo todo, presentía que cuando estuviera presto a tener un apellido reconocido y...

COSTA VIEJO.— Por el que tanto había luchado, vendría la Parca y me hundiría en la tumba, como así ha sucedido, o sucederá muy pronto.

COSTA JOVEN.— En el fondo eran ambiciones sin base, yo no tenía diploma alguno ni influencias que me pudieran impulsar, por eso veía el porvenir con pesimismo. Empecé a escribir cuando todavía era muy joven, e incluso a publicar, pero yo no le daba ninguna importancia. No hice bien, lo reconozco, porque mis reflexiones sobre la exposición de París, fueron valiosas y estimadas. Cuando las leyeron mis paisanos Hilarión Rubio, Bescós y Romero, se entusiasmaron y me incluyeron en sus planes de industrialización agrícola. Rubio compró un molino para extraer aceite de orujo y lo hizo trasladar a Barbastro. Junto con Romero y yo mismo, formamos la Sociedad Extractora de Barbastro, que así era como se llamaba. Yo no confiaba mucho en el proyecto pero no me atrevía a decirlo. Me remordía la conciencia por haber empleado mis ahorros en aquella empresa, mientras mis padres y mis hermanos pasaban hambre.

COSTA VIEJO.— Nos salvó la caída de la Monarquía.

COSTA JOVEN.— ¡Cuántos hurras no daría!

COSTA VIEJO.— Entrábamos en el período de las libertades. Por fin podríamos poner en acción el único plan de gobierno posible en aquellos momentos: dar de comer al hambriento, de beber al sediento y enseñar al que no sabe. Palabras cristianas pero demasiado revolucionarias para aquellos tiempos. (*Pausa. Cambia de tono*). Y nos pidieron el agua y se la dimos, pero ignoraron nuestra rabia y nuestro llanto. (*Pausa*).

COSTA JOVEN.— El negocio del orujo, como me temía, resultó ser un fracaso aunque después de todo, yo fui el que salió mejor parado. Bescós me prestó 400 reales y regresé a Madrid. Y otra vez a empezar. Mi tío Salamero me ofreció un puesto de profesor en su Colegio Hispanoamericano. Estaba muy céntrico y no muy aleja-

do del Ateneo, mi lugar de estudios intensivos. En el fondo aquellas clases me sirvieron más para aprender que para enseñar, aunque por el sueldo que me daban... Pero, muy pronto, mi tío descubrió mis ideas republicanas y me enfiló. No obstante, tuve tiempo de cumplir mi deseo de ser bachiller. Volví a Huesca y allí, en su Instituto, me examiné y aprobé. Ya tenía el camino abierto para la universidad. ¿Pero dónde estaba el dinero para seguir? Cuando volví a Graus y vi, una vez más, el panorama familiar, se me cayó el alma a los pies. Me acostaba por las noches llorando. Era injusto que mis padres..., pero el dolor de mi brazo..., aunque eso no me servía de consuelo, más bien lo agravaba. Aquel verano fue verdaderamente malo y eso que me lo pasé ayudando todo lo que pude en el campo. No, no, me decían, tú no puedes... Y ella, mi hermana, sí que podía, ¡qué vergüenza! Se me quedó grabada esa ceremonia del labrador cuando, cansado y sudoroso, deja la azada y, tras secarse el sudor, escupe sobre sus manos y las frota como queriendo animarlas para que continúen el trabajo. Pero yo no podía.

COSTA VIEJO.— Y de nuevo a Madrid.

COSTA JOVEN.— ¡Qué iba a hacer! Yo solo sabía estudiar, opositar. Y allí me planté una vez más sin un real. Pensar en el tío Salamero era inútil, ya que bien claro lo dijo en público: “En vista de tu empecinamiento, no quiero inmiscuirme más en tu porvenir, ni para bien ni para mal”.

COSTA VIEJO.— Llamaba empecinamiento a la perseverancia en mis ideas republicanas. Lo mismo podía haber hecho yo con las tuyas, tan obstinadamente carlistas.

COSTA JOVEN.— También me acusó de ser grosero y contestar con acritud a algunos de sus amigos.

COSTA VIEJO.— A los que se lo merecían y que no quería alabar por el simple hecho de tener dinero o posición política. Caciques de tres al cuarto la mayor parte de ellos. De esos a los que había que sonreír para que te perdonaran la vida. Pero siempre había gente dispuesta... ¡Cuánta hipocresía! No, no, yo no podía. Prefería mil veces el hambre a comer manjares en pesebres oficiales, y peor si eran carlistas.

COSTA JOVEN.— Mandé cientos de cartas en demanda de trabajo, pero sin suerte. Hasta envié una solicitud a un convento de Cataluña, pero no me contestaron.

COSTA VIEJO.— Menos mal. ¡Menudo fraile!

COSTA JOVEN.— Y es que para entonces mis creencias todavía no se habían deteriorado tanto como años después. Y no fueron los krausistas los culpables, como mi tío creía. Venían de mucho antes, de mucho antes. Y es que yo leía la Biblia, y claro... No obstante, todavía me emocionaban las campanas mañaneras de la iglesia de mi pueblo.

COSTA VIEJO.— Cuando regresé de Francia, ya lo he dicho, las cosas no fueron igual. Ni esas ni otras muchas. Aprendí, sobre todo, que solamente debería escribir cuando tuviera que comunicar algo nuevo, así no perdería el tiempo yo ni se lo haría perder a los demás. (*Pausa*). Y para lograr eso había que leer mucho y meditar más. Y así lo hice.

COSTA JOVEN.— Y gracias a que apareció en mi vida el providencial Vergnes. Un respiro, un respiro que me permitió estabilizarme y encauzar mi vida hacia la universidad. En ese año completé mi libro *Agua de riego para el pueblo*, que después sería la base de mi *Política hidráulica*. Allí recopilé un montón de discursos y pensamientos en torno a la agricultura de regadío: canalización, plantaciones, colectivismo agrario y muchas cosas más, pero, sobre todo, traté de la conveniencia de la canalización para llevar el agua a tierras que, por su situación, podrían ser mucho más fructíferas con el riego. Aspiraba a liberar los desiertos del Somontano, Tamarite, Monegros y otros. Traté de demostrar, poniendo como ejemplo esos ríos colmados que bajaban desde el Pirineo, Ésera, Ara, Cinca, que, bien conducidos y reposados, podrían hacer un vergel de esos páramos y lo apoyaba, recordando que allí donde el labrador aragonés dispuso de agua había creado una agricultura que en nada tenía que envidiar a la francesa, a la que siempre ponían como ejemplo. Y no solo pedía ese agua para regar, también para fortalecer la ganadería. Pero para que esos riegos fueran posibles necesitábamos los pantanos reguladores que almacenasen el agua durante el invierno. Y siempre ponía como ejemplo el canal que riega la zona del bajo Ebro, allí en Tortosa. Obra del reino aragonés del siglo XV, y el primero de Europa. Pero es que entonces teníamos a ese grande que se llamó Fernando el Católico, un gobernante con sentido común, que había observado y aprendido de las obras hidráulicas árabes y sus beneficios, y no como los gobernantes actuales, que en vez de crear riqueza no hacen otra cosa que imponer contribuciones.

COSTA VIEJO.— Sí, un rey que, cuando vio en peligro la empresa del descubrimiento, supo movilizar a sus banqueros aragoneses, catalanes, valencianos y genoveses, y ofrecer a Colón las naves que pedía, pues adivinó...

COSTA JOVEN.— Adivinó, ¡menudos espías tenía!

COSTA VIEJO.— Sí, eso es cierto. Supo que el rey portugués, que había fracasado ya en un primer intento de viaje a Ultramar, iba a realizar el segundo, con el riesgo de adelantarse a Castilla y Aragón. Entonces Fernando, con ese dinero, hizo posible la salida de Colón hacia las Américas, que si hubiera estado esperando los caudales de la Reina..., “pa chasco”, ya que se había gastado todo y más en la reconquista.

COSTA JOVEN.— Ya no sé por dónde iba y a cuento de qué...

COSTA VIEJO.— A cuento de los canales y su beneficio.

COSTA JOVEN.— Ah, sí. Y a ese menester yo siempre he defendido que esos gastos debían correr a costa del Estado, ya que son bienes de lento rendimiento en los que el capital privado no quiere entrar.

COSTA VIEJO.— Esos prefieren los ferrocarriles o las minas.

COSTA JOVEN.— Advertí que, si esas mejoras hidráulicas no se hacían, pronto veríamos cómo los brazos más robustos emigraban al extranjero. El cultivo del trigo, la cebada, el centeno, tal y como se hacía era oneroso. Cada fanega de trigo le costaba al labrador más cara que si la comprara en el puerto de Barcelona. Inglaterra cultivaba en cada hectárea cuatro veces más trigo que nosotros, a pesar de tener un suelo menos fértil y peor clima, pero es que tan solo la mitad de ese suelo fértil lo destinaban a siembras, la otra mitad lo dejaban de monte o dehesa con pastos naturales en los que criaban ganado en abundancia, que proporcionaba estiércol para el trigo de la cosecha venidera. ¡Ay!, si el sudor de nuestros labradores se hubiera podido transformar en lluvia, otro gallo nos cantarían.

COSTA VIEJO.— Cuántas veces había dicho que teníamos que salir lo antes posible de esa servidumbre del arado, diversificando los cultivos. Mirar, mirar a Europa y aprender.

COSTA JOVEN.— Lástima que la política me alejara de lo que de verdad amaba. Sí, porque la agricultura fue siempre mi debilidad. Tú ya no te acordarás, pero fui enormemente feliz el día que descubrí en los campos de padre aquella zona de trigo más crecido que el resto y pude averiguar la causa, que no era otra que el haber crecido en una porción de tierra más profunda que los otros.

COSTA VIEJO.— Ya lo creo que me acuerdo. Allí, nuestro padre, el año anterior, había arrancado un par de olivos secos y por eso...

COSTA JOVEN.— Le sugerí que los arados deberían profundizar dos palmos más si quería mejorar el trigo y se lo demostré enseñándole el lugar donde había crecido a más altura y mejor. Y no me paré ahí, pues conseguí que en Barbastro un buen herrero alargara la longitud del arado para lograr la profundidad necesaria. Arado que muy pronto fue imitado en toda Europa.

COSTA VIEJO.— Verifiqué que nuestro río, el Ésera, en los meses de julio y agosto, era más caudaloso que el mismo Tajo.

COSTA JOVEN.— Se reían algunos, hasta que los ingenieros nos dieron la razón, y ni por esas: un siglo ya en proyecto los canales de Tamarite y Sobrarbe.

COSTA VIEJO.— Y me he muerto y todavía no han levantado un palmo de tierra para contener esas aguas que tanta riqueza darían a nuestras tierras.

COSTA JOVEN.— Y lo que te rondaré, morena. Y para cuando quieran hacerlo ya no quedarán ni hombres ni tierras que cultivar. Y si algún día terminan las obras y el riego queda dispuesto, ¿quién les dice a los hijos de los que se fueron a Barcelona, Valencia o Francia, que vuelvan a las tierras de sus padres, que por fin un gobierno de España pensó en Aragón?

COSTA VIEJO.— Por eso me gusta recordar tantas veces a nuestro rey Fernando y abominar de los que le siguieron, pues nos mataron a nuestros mejores dirigentes y, encima, ese maldito Felipe V nos arrebató los fueros, acusándonos de rebelión y traición, algo que tan solo había sido una protesta en defensa de nuestra dignidad. *(Pausa)*. Yo quise hacer de mi tierra del Alto Aragón un vergel que pudiera ser ejemplo para España entera y fuente de trabajo para los braceros de las montañas del Pirineo. Pero, claro, como el canal de Urgel que explotaba el capital privado no daba el dinero que esperaban, empezaron a decir que los canales no eran más que pozos de ruina y el señor Cánovas se apoyó en eso para paralizar los proyectos en marcha. Olvidándose de ese sagrado capítulo 13 de nuestra Constitución: “El fin de toda sociedad política es el bienestar de las personas que la componen”, artículo que debería estar grabado con letra de bronce en el frontispicio del palacio de las Cortes para que el señor Cánovas, y otros como él, lo leyeran antes de abrir la boca en el hemiciclo.

COSTA JOVEN.— Pero es que al señor Cánovas le tendrían que haber contestado los diputados aragoneses que allí estaban.

COSTA VIEJO.— No, no lo hicieron, guardaron silencio. No supieron o no quisieron refutar su estúpido argumento y demostrarle que los gobiernos no construirían pantanos ni harían canales ni universidades ni colegios si pensaran tan solo en la rentabilidad económica, porque son bienes sin los cuales no es posible el progreso. Pero, claro, aquellos aragoneses se callaron porque eran de su mismo partido.

COSTA JOVEN.— Se nombraban ministros que nada sabían de la rama que les tocaba en suerte o, mejor dicho, en beneficio, y argumentaban que tenían que estudiar la naturaleza de tal o cual problema y así se pasaban la legislatura y, cuando al fin se atrevían a ejecutar, lo hacían, sí, pero equivocándose. Y menos mal que lo intentaban, que otros se quedaban horas y horas templando. Como aquellos de la rondalla de un pueblo de Aragón, que se pasaron la noche afinando las guitarras en la plaza del pueblo y cuando ya se echaba la luz del día dijo uno de ellos: “Chiquetes, si tarda dos horicas más en amanecer dejamos templada la orquesta”.

COSTA VIEJO.— No está mal traído el cuento, que así actuaban algunos de esos ministros. “¿Para cuándo esto o aquello?”, les preguntaban, y la contestación era: “Para cuando el tiempo alcance”. Y resulta que aquella pregunta en concreto se refería a los 40.000 esclavos que permanecían en oprobiosa servidumbre en la isla de Cuba y la ley que se dilucidaba estaba relacionada precisamente con la abolición

de la esclavitud, ¡qué vergüenza! Y hablando de Cuba diré lo mucho que me afectó, no su pérdida, sino la forma en que se perdieron aquellas colonias, pues tanto Cánovas como Sagasta, Canalejas y otros conocían la situación y no fueron capaces de evitar la catástrofe con una señal de autonomía, de libertad para todas esas tierras de Ultramar que tantas vidas nos habían costado. Vidas de jóvenes humildes, que para los otros siempre estuvo presente la influencia del poder y el dinero para evitar el servicio militar. Y con muchos de esos políticos me ha tocado bregar. Son personas a las que hay que enseñar los dientes, aunque te amenacen con el cacique que los sostiene. ¡Vaya canalla! ¡Ay! Mucho tenemos que culpar a los gobiernos, pero más a nosotros mismos, por nuestro apocamiento y nuestra desidia, y me refiero principalmente a los políticos aragoneses, que a este paso se van a dejar robar hasta el mismo Ebro. (*Pausa*).

COSTA JOVEN.— Y cambió el gobierno, vinieron los progresistas y la cartera de Fomento recayó sobre el señor Moret. Yo le escribí felicitándole pero al tiempo le recordaba los compromisos que tenía adquiridos con el Alto Aragón, sus caudales y pantanos y la línea férrea de Canfranc, para relanzar y mejorar nuestra relación económica con Francia. Y puso en marcha los proyectos solucionando, en principio, los obstáculos que existían y que no eran pocos.

COSTA VIEJO.— Gran noticia que puso en pie a los habitantes de esas tierras, que no se creían que al fin, y después de un siglo, aquellas obras se llegaran a empezar. Él hizo bueno el dicho de “regar es gobernar”. Al parecer las obras van a tener un principio que por desgracia yo ya no veré.

COSTA JOVEN.— Por aquel tiempo terminé de escribir mi libro *Colectivismo agrario*, del que quedé bastante satisfecho, y no solo por su contenido sino por el descubrimiento de algunos textos fundamentales para demostrar mis teorías colectivistas. Verdaderos baluartes de libertad y democracia agraria. Quiero recordar, en primer lugar, a Alonso Castillo con su *Tratado de la República*, escrito en Burgos el año 1521, cuyo único ejemplar tuve en mis manos antes de ser vendido a la Biblioteca General de los Estados Unidos. El libro era una joya en cuanto a teoría económica. También estudié a Henry George, Flórez Estrada, Vives, Mariana, el conde de Aranda y otros. Y también dejé rematado *El arbolado y la patria*, una advertencia contra los que maltratan el paisaje. Una apuesta por la forestación como escudo protector de la agricultura y la desertización. (*Pausa*).

COSTA VIEJO.— (*Lee distraído alguna de las cuartillas escritas que hay encima de la cama*). ¿Entonces no vendrá mi hija Pilar al entierro?

COSTA JOVEN.— No creo.

COSTA VIEJO.— No me porté bien con ella, ni con su madre tampoco. Pero no la he olvidado en mi testamento. ¡Me hizo tan feliz cuando era pequeña! Aunque no me

llamara padre, yo... yo sí que me sentía como tal ante ella. Una espina que no pude arrancar de mi corazón en toda mi vida.

COSTA JOVEN.— Y tiempo no faltó para que saltara.

COSTA VIEJO.— Sí, pero yo no la quise extirpar nunca, aunque doliera mucho y muchas veces. En realidad mi vida ha estado llena de espinas, pero con qué gusto he dejado que se clavaran algunas.

COSTA JOVEN.— Mi carácter, esos pronto que no podía dominar, palabras que no quería decir y que después me traían tantos disgustos. Era un enemigo, a muerte, de la hipocresía y del cinismo y desconfiado por instinto.

COSTA VIEJO.— Desde luego. En mala hora se me ocurrió utilizar aquel símil quirúrgico para curar los problemas políticos de España. Pero, ante una sociedad tan “degradada” como la nuestra, ¿qué remedio quedaba?

COSTA JOVEN.— Fue poco acertado.

COSTA VIEJO.— No debí singularizar. Quizá si hubiera dicho cirujanos de hierro en vez de... Una estupidez, pero, ¿qué más daba? Al parecer, algunos, muchos, ante la gravedad de los acontecimientos, lo deseaban y... Quizá en otras circunstancias la frase habría pasado sin pena ni gloria. Una más de esas que se dicen en los mítines. Yo pensaba en el bisturí que era necesario para salvar lo que quedaba de bueno y cercenar la carroña, que era tanta..., porque el mal no solo estaba entre los políticos sino también en la prensa, y en el clero, la universidad, la magistratura. Yo quería llegar a una catarsis que hiciera aflorar nueva gente. Otras voces, otros tonos, otras ideas más acordes con Europa, de la que tanto y tanto nos habíamos alejado. Un hombre, unos hombres conocedores del cuerpo que tenían que sanar, que no fallaran en el corte y logran erradicar para siempre a tanto oligarca y cacique, porque si no se elegía al mejor, al menos corrupto, ese corte podía gangrenarse y entonces sería peor el remedio que la enfermedad.

COSTA JOVEN.— Imploraban por las leyes.

COSTA VIEJO.— ¡Qué cínicos! Pedían las leyes porque sabían que las dominaban, que estaban por encima de ellas. No, yo pedía cortar allí donde ellos manipulaban, apartar a los jueces que las interpretaban a su capricho. Allí quería yo hacer llegar el bisturí y cortar por lo sano. Y nunca mejor dicho. Por eso yo pedía hombres y leyes. Hombres comprometidos de verdad con la república, hombres de hierro, incorruptibles, capaces de cortar donde de verdad estaba el cáncer social y político de nuestro país. Por ahí iba mi pensamiento.

COSTA JOVEN.— Fue el señor Ovejero, quizá sin mala intención, el que confundió o interpretó la frase de la forma que lo hizo.

COSTA VIEJO.— Sí, como si yo clamara por un dictador al que había que investir con los poderes supremos. Un superhombre. No, no y mil veces no: yo defendía un parlamento independiente, unos poderes judiciales autónomos, porque si no lo eran dejaban de ser poderes. Quería que esa regeneración llegara también al municipio para todo lo suyo. En suma, que las leyes rigieran, que los gobernadores gobernarán, que los profesores educaran, que el magistrado actuara con libertad, calificando con justicia recta y pronta. Mando y fuerza para los mejores, los capaces de enderezar a la oligarquía tan enquistada en España. Pero eso no era pedir una dictadura ni un dictador. Eso era pedir socorro, tan solo eso, ¡socorro, que la patria se ahoga! Quería estimular a otros hombres. Hombres valientes que odiasen como yo odio a los hipócritas y facinerosos, se llamen como se llamen, con título o sin él, con corona, cachirulo o gorra, báculo o cayado.

COSTA JOVEN.— Y bien claro lo pedían las cámaras agrícolas del Alto Aragón y Tortosa, y yo mismo en el mitin del teatro de Barbastro: hombres nuevos pedían, clamaban, mejor dicho. Y llámenlo como quieran: regeneracionismo, socialismo, progresismo. No importa. Ellos no hablaban con términos políticos. Fue un momento limpio, un basta ya. Un grito de patriotas que ven cómo el barco se hunde y quieren salvarlo, rompiendo los diques de la impunidad contra los que la nave estaba embistiendo.

COSTA VIEJO.— Clamaban por una libertad real y ejemplificadora. Demostrar que el pueblo no era menor de edad, sino los que lo creían. Porque ese pueblo sabía muy bien que las hoces que manejaba para segar también podían emplearse para otras cosas si su mies era arrasada, pisoteada o escarnecida. Demostrar que las revoluciones, a veces, son un deber de conciencia, más moral que político. Que ya era hora de que se diera un trato justo a los cultivadores de la tierra y se les bajasen los humos a los jefes clericales para que se apartaran de la política y volvieran a la oración y la defensa del pobre.

COSTA JOVEN.— Me gustaba recordar y gritar, a veces, aquella definición que la Constitución de 1812 daba de la nación, diciendo que era “libre e independiente y no un patrimonio de familia o persona alguna”.

COSTA VIEJO.— Yo nunca puse la mano en hierro ni deseé que nadie la pusiera. Interpretaron mal la frase, eso fue todo. Aunque hubo un momento en que vi claro que era necesario tener un partido. No bastaba aquella noble Cámara Agraria del Alto Aragón, era necesario tener un partido y presentar batalla al caciquismo en los colegios electorales, pero me encontré ante la disyuntiva de explicar en la Asociación de la Prensa de Madrid el porqué de mis preferencias por un partido en contra de los que deseaban tan solo ser una Liga. Razonando mi tesis en que, si el movimiento de Zaragoza se limitaba a organizarse en forma de Liga a la inglesa, sin carácter político, y para fines exclusivos de propagan-

da, análisis de opiniones, o para ejercitar el derecho de petición a los poderes, fracasaría indefectiblemente.

COSTA JOVEN.— Pero la Liga se constituyó.

COSTA VIEJO.— Y fracasó. El país no estaba para propagandas y medias tintas. Proyectos para treinta años vista. Esos eran ya los años que llevábamos de retraso con Europa. Había que poner en marcha un partido nuevo que crease ilusión y fuerza para relevar a tanto y tanto tahúr como pululaba por la política. Mafiosos, mil veces peores que los sicilianos, de los que tanto se hablaba. Pero para lograrlo había que contar con electores libres, hombres libres, un nuevo cuerpo electoral en el que no le influyeran ni oligarcas ni caciques. Unión Nacional, así es como se iba a llamar el partido. (*Pausa*). Si se hubiera organizado para la lucha electoral, con los medios de que disponía, habría vencido en todos los grandes centros de población a los caciques y después, desde el Parlamento, al resto. Un partido regenerador con sus periódicos, sus comités, sus asambleas, con un programa desarrollado que reclamara el poder y la gobernación del Estado.

COSTA JOVEN.— Pero prevaleció la tendencia moderada.

COSTA VIEJO.— Y tan moderada, y bien claro se vio cuando se intentaron las manifestaciones de protesta o la resistencia pasiva, un fracaso. No hubo resistencia ni activa ni pasiva. Se ignoraron las fuerzas con que se podía contar, reduciendo al final la acción a una simple petición de audiencia a la Regente, a la que Silvela no solamente se opuso sino que lo convirtió en cuestión de confianza presentando su dimisión, que, claro, no le fue aceptada. Una burla. Hicieron y nos hicieron hacer el ridículo. Me embargaron mi bufete y para colmo se suspendieron las garantías personales y se cerraron las entidades donde se agrupaban las clases mercantiles e industriales. No obstante, el apoyo a mi programa por parte de Giner de los Ríos y otros me restituyó la esperanza: “Representa usted la fuerza social más valiosa que hemos tenido en mucho tiempo”, eso me dijo. Entendía que la reforma social era necesaria y, lo más importante, el intentar evitar la coronación de un niño de 16 años al que iban a manejar, una vez más, una banda de inútiles, como así sucedió.

COSTA JOVEN.— Era evidente que faltaba una cabeza.

COSTA VIEJO.— Más bien diría yo que sobraban muchas. ¡Ay, si Francisco Giner hubiese sentido menos desprecio por lo político y los políticos y un grado más de resolución, ese sí podía haber sido un buen dirigente, o un Azcárate con un poquito menos de apasionamiento o un Melquíades Álvarez sin tanto orgullo y endiosamiento, y el mismo Pablo Iglesias!. Ellos habrían sido personas en cuyas manos yo habría puesto la jefatura del Gobierno, pero, sobre todos, en las de Giner. No obstante fui elegido diputado, pero dimití. Ya no aguantaba más, mi enfermedad

iba de mal en peor, lo que hizo que me separara también del directorio de la Unión Nacional.

COSTA JOVEN.— Y otra vez la cuesta arriba.

COSTA VIEJO.— Sin secretario ni escribiente ni madre, mujer, hermana. Teniendo que hacer yo todo, o no hacerlo. Y oyendo a diario: “¿por qué no ejerce la profesión? ¿por qué no hace esto o lo otro?” Pero lo que colmó mi paciencia fue la actitud del partido republicano ante el proyecto de Maura y después también de Salmerón, incluyendo un presupuesto para una escuadra naval. ¿Para eso estaba nuestra economía?

COSTA JOVEN.— Pero ahí no terminó todo.

COSTA VIEJO.— No, yo no supe cumplir con el silencio que me había impuesto y en 1906 me marché a Zaragoza y pronuncié un discurso movidito que después publiqué como entrevista en *El Progreso*.

COSTA JOVEN.— A punto estuvo de producirse una escisión en el partido republicano. Con un Lerroux, como siempre, manipulador y culebrero. Por cierto que hiciste muy bien en no recibirle. A saber las martingalas que preparaba con esa improvisada visita aquí, a Graus.

COSTA VIEJO.— No lo sé, no lo sé, pero lo imaginaba. Ese Lerroux no es más que un charrán. Mucho pico, mucho pico, pero de hechos nada. (*Pausa*). Una escisión decían, sí, pero yo no hice nada para que eso culminara. Todavía pesaba sobre mí lo de la Unión Nacional, estaba convencido de que el país no me seguiría. Además, y a esas alturas, yo sabía que las revoluciones no se hacen desde la legalidad. Hay que hacer sangre y yo ya no estaba para esos trotes.

COSTA JOVEN.— ¿Entonces por qué no romper definitivamente con el partido republicano? Los ciudadanos lo pensaban, sobre todo después del último discurso en Madrid, en abierta oposición al proyecto de ley contra el terrorismo.

COSTA VIEJO.— Todo lo he contado en *Soter*. Esa novela será como aquellos dietarios de los nobles aragoneses en los que se delataban virtudes, vicios e intimidades, confesables e inconfesables. Pero lo que de verdad se refleja en ella es un ideal de patria que para nuestra España yo hubiera deseado.

COSTA JOVEN.— Entonces, ¿qué es al fin ese libro?

COSTA VIEJO.— Las dos cosas. Difícil, ¿verdad?

COSTA JOVEN.— Sí, muy difícil.

COSTA VIEJO.— Aunque con otra salud ya habría estado en imprenta, pero las enfermedades no perdonan y encima me llegó la diabetes. Un periodista de *El País* en

ese 23 de mayo de 1908 me retrataba agudamente diciendo (*Toma un periódico y lee*): “Entró lenta y trabajosamente, apoyado en los señores Calzada y Moya, y más que sentarse en el sillón, se desplomó. Fue un momento emocionante... Costa, sentado, no parece un enfermo. Su busto fuerte, hercúleo, su cabeza hermosa se yergue arrogante, su cabellera, aunque blanquea, es rizada y fuerte. Da la impresión de un Hércules truncado”.

COSTA JOVEN.— Bonita descripción.

COSTA VIEJO.— Sí, me gustó. Ya no podía esconder mi enfermedad, se veía a las claras. Ya no me quedaba más remedio, tenía que volver a Graus. Presentía que ese sería mi último viaje. Pensaba, allí tengo la mecedora en la que descanso a gusto. Además, los míos, que ya conocen mi estado, me han preparado la cama y todo lo demás en el piso de abajo. Y también me han comprado una bañera. Buen invento este de la bañera. Allí haré mi cura de hidropatía con el agua a 34 grados y sudaré. Una gloria. Además corregiré la novela. Azorín, que la había leído, me dijo que era formidable. Ahora al título primitivo le he añadido otro, *El último tirano*, aunque hubiera sido más acertado, en vez de tirano, llamarlo cacique, que representaría mejor mis tormentos. Aunque está tan llena de erudición que me cuesta verla como obra literaria.

COSTA JOVEN.— ¿Qué te dijo Bescós de ella?

COSTA VIEJO.— A Bescós le gusta más la que escribí en juventud, *Justo de Valdediós*, y más todavía el tratado de *Poesía popular española*, y quizá tenga razón. (*Pausa*). Por cierto, me parece que fue Bescós el que me contó que el meapilas con el que se casó mi hija Pilar negó la visita de Elisa a su casa por considerarla mujer censurable. Y Pilar, y eso es lo que más me duele, no supo rebelarse ante esa afrenta a su madre.

COSTA JOVEN.— El censurable fui yo por no haberme casado con ella.

COSTA VIEJO.— ¡Maldito Satanás! Esa es la actitud de esos puritanos que se dicen católicos, los detesto. Claro, como tienen la confesión, pues todo vale. Cínicos. Seguro que fue él el que ocultó los telegramas que le mandé a mi hija para que viniera a despedirme aquí, en Graus. Malvado. Todo, todo les perdonaría a esos intolerantes si por lo menos admitieran que tienen muy poco de cristianos; pero, claro, eso sería pedir peras al olmo. Además su oposición a toda forma de gobierno democrático me desespera. Esa, esa y no otra fue la causa de mi alejamiento de la Iglesia. Y bien claro lo vi cuando tuve que tratarlos a fondo en el pleito de La Solana. Si muere confesado un personaje ilustre, entonces, cualquiera que haya sido su actuación pasada, se disculpa. “Es uno de los nuestros —dicen—, que se ha dado cuenta de sus errores y libertinajes y regresa limpio al reino de la Iglesia Católica”. Fariseos, ese es el nombre bíblico que les cuadra.

COSTA JOVEN.— Todos esos pensamientos están plasmados exhaustivamente en mi escrito *Cuestión religiosa*.

COSTA VIEJO.— Sí, quise escribirlo para que quedara clara mi posición con respecto a las religiones y a la religión católica en particular, que nada tiene que ver con mi moral y el cristiano que siempre he intentado ser y que, quizá, no haya dejado de serlo nunca. (*Pausa*).

Costa joven inicia salida.

¿Te vas?

COSTA JOVEN.— Sí, vine tan solo para ayudarte a recordar y... en parte lo he logrado.

COSTA VIEJO.— Sí, en parte, solo en parte. Quedan tantas cosas...

COSTA JOVEN.— Quizá, pero no corresponden a mi época.

COSTA VIEJO.— ¡Ah!, el niño, no ha venido el niño. Me habría gustado recordar la niñez de Monzón y Graus. Dura por la hambruna, pero muy hermosa.

COSTA JOVEN.— Aún hay tiempo. Posiblemente cuando yo me marche aparezca a tu lado. Y me voy, que ya es hora.

COSTA VIEJO.— ¿Hora de qué?

COSTA JOVEN.— Hora de ponerse en paz.

COSTA VIEJO.— Yo ya lo estoy. Hace tiempo que..., en realidad desde que consideré cumplida la misión con mi patria chica y la grande. Me hubiera gustado tener más responsabilidades, pero no me dejaron. Eso supongo que ha quedado suficientemente claro cuando he hablado de las frustraciones. Aunque como mosca cojonera, por decirlo llano y rotundo, cumplí. Fui un revulsivo, digamos, necesario y con las suficientes garantías de honradez para que su picadura molestara sin llegar a más, aunque a algunos la infección posterior les duró toda su vida, claro que eso sería por su mala sangre. Mi lucha tuvo, primordialmente, dos nombres: república y democracia. No sé si perdí la batalla o la gané, la historia juzgará. Intenté colocar la vida en el sitio preciso, con su muerte y su dolor, y la tierra pronta para el encuentro. Única terapia para calmar los sinsabores de la existencia. (*Pausa*). He pensado muchas veces en el más allá, pero sin demasiado entusiasmo. Todo lo he centrado en esta vida, en el trabajo, en mi trabajo, como ayuda y contribución para mis semejantes. ¡Ah!, y que no se intranquilece tanto la Iglesia Católica, porque no he muerto ni ateo ni herético. He muerto con dolor, eso es todo.

Costa joven sale definitivamente. Costa viejo avanza a proscenio.

Ya ha caído la noche. La voz del río, de mi río, ha cambiado su sonoridad. Cada guijarro de su cauce entona una nota musical diferente. Incluso el aroma de las

flores de sus orillas contribuye a que esa melodía embriague los montes cercanos y se confunda con el ronroneo de los animales, aunque a veces ese sonido del agua se convierta en grito. Ahí está la vida que yo amé y que he abandonado definitivamente. Tan solo algunos animales saben morir con elegancia, y entre ellos, desde luego, no está el hombre. Hay que rebelarse primero y resignarse después, cuando ya se está respirando la muerte. *(Pausa)*. El turbión de la tarde ha traído aromas que tanto conozco y que tan lejos han estado de mi vida en la capital. Y noto que las sembraduras, tan familiares en mi niñez, se enrojecen ante las lumbadas que intentan amortiguar las heladas de la noche. Y, allá arriba, la Maladeta y el Perdido, que con tanta generosidad y parsimonia envían su goteo de nieve. Esta es mi tierra, la que he llevado constantemente en mi corazón y en la que quiero reposar para siempre, ahí junto al río Ésera y las montañetas de las Forcas, y, a mi lado, las gentes que he querido y me han querido... *(Pausa. Recitando)*. “Y no entrará en ella nada corrompido, ni los que hacen el mal y la mentira, solo lo escrito en el libro de la vida del Cordero”. *(Pausa)*. Esa es mi voluntad. No quiero viajar más, no quiero más desengaños: Rosell, Gambón, Carrera, Bescós, Auset, amigos, que la respeten...

Se quita la bata y se mete en la bañera...

OSCURO

NOTA *(Podría leerla un narrador)*. Joaquín Costa murió el día 8 de febrero de 1911 en Graus y fue enterrado en el cementerio de Torrero de la ciudad de Zaragoza el día 12 del mismo mes después de haber estado expuesto dos días en el palacio de La Lonja. No obstante, su biógrafo e historiador George Cheyne afirma que, “comprobados los libros de registro del cementerio desde el 7 al 16 de febrero de ese año, no he encontrado el nombre de Joaquín Costa Martínez en ninguno de ellos, lo que quiere decir que, oficialmente, ese cadáver no existió”. Por otra parte, el mausoleo fue construido extramuros del cementerio católico, fuera del límite de lo que se consideraba tierra sagrada.